

"El Mundo" S. Salvador
Sábado, 22-Abril-1967

"El Mundo"
22-Abril-1967

VANIDAD Y PERSONALIDAD

Uno de los fenómenos contemporáneos más curiosos es el de la revalorización de la vanidad. Olvidado de las tremendas -que no tremendas- condenaciones de Kempis, el hombre cotidiano no teme aceptar la vanidad como un aditamento más de su persona. Somos vanidosos y no nos importa reconocerlo -digámoslo de una vez, hasta nos sentimos algo vanidosos de nuestra vanidad. De ahí la proliferación actual del individuo vanidoso. En la mujer, la vanidad se contenta las más de las veces con ser coquetería, pero en el hombre traspasa los linderos del vestido y del cuerpo, para pasar a la vanidad sobre el propio trabajo, la propia vida, la propia personalidad.

La vanidad, ciertamente, es un pecado social -y hasta ahí, aparentemente loable. El hombre vanidoso es un individuo que busca relaciones tipo social, que rehuye el aislamiento nocivo, la orgullosa soledad. La vanidad nos incorpora y nos une a la sociedad. Por eso, evolutivamente, los primeros asomos de vanidad se producen en el adolescente. La pubertad saca al individuo de su concha, lanzándolo a una sociedad, de la que desconoce hasta sus más elementales fundamentos. El joven se encandila ante los demás: quiere lucir, figurar, ser apreciado. No sabe todavía calibrar el valor del verdadero aprecio, de la sinceridad en las palabras, y se conforma con una superficial satisfacción de su vanidad. En realidad, el joven se encuentra desarmado ante la sociedad, cuyo apoyo busca incondicionalmente. Decíamos que la vanidad es fundamentalmente sociable. Pero, ¿busca el joven vanidoso a los demás? Pregunta crucial, cuya respuesta, desgraciadamente, ha de ser negativa. No, el joven no busca a los demás con su vanidad, no busca el establecer relaciones sociales profundas. Al menos, su búsqueda es equivocada. A quien en realidad busca el adolescente con su vanidad es a sí mismo. Se busca a sí mismo *en los demás*. Lo que sucede es que el adolescente carece todavía de una personalidad sólidamente estructurada, carece de confianza en sí mismo y, por descubrirse trata de encontrarse en los otros. He aquí un primer hallazgo: la vanidad denota una ausencia de confianza en sí mismo, una pobreza de la personalidad, que busca su base en las palabras y afirmaciones de los demás.

Si esta postura del adolescente se mantiene a lo largo de la vida, el individuo corre el peligro de no encontrarse nunca a sí mismo, de permanecer fuera de su núcleo íntimo y, por lo tanto, de cerrarse el camino hacia una verdadera personalidad. La persona que cultiva por sistema la vanidad, incide necesariamente en la despersonalización de la masa. Su opinión, es la opinión de los demás, su criterio es la norma estadística, su yo es el que le asigna el decir colectivo. La masa se estructura por vínculos de egoísmos encadenados. El vanidoso busca la alabanza, sin ponderar su valor. Bueno es recordar la frase de Nietzsche: "El que alaba parece que devuelve lo que le han dado, siendo así que, en el fondo, quiere que le den más."

No podemos considerar la vanidad como algo inocuo, como un minúsculo aditamento más de nuestro modo de ser. El vanidoso centra su personalidad en los otros y, por encontrarse a sí mismo, ni encuentra su yo, ni entabla diálogo -en el sentido más profundo de la palabra- con los demás. Como dice muy atinadamente Jean Lacroix: "La vanidad plantea un terrible problema metafísico, aunque, ciertamente, se caracteriza por la más asombrosa carencia de ser que puede concebirse. El orgulloso peca por suficiencia y el vanidoso por insuficiencia: el primero rechaza el ser, se prefiere al ser, y el segundo lo busca en la opinión, esto es, en el fenómeno. Al no alcanzar nunca el ser, la vanidad se ve constantemente amenazada de asfixia y esa sed de opinión con que busca engañarse la agota incesantemente sin satisfacerla nunca".

Profunda insatisfacción humana, he ahí la última y más profunda consecuencia de la vanidad, ese "intrascendente" aditamento contemporáneo.

IGNACIO MARTIN BARO, S.I.